

la página de
Sergio Vodanovic

NO HAY quién no hable maravillas de "Z". Salen del cine emocionados y pensativos. La denuncia que "Z" contiene les ha producido impacto. Y hablan, con enrarecido celo democrático, del abusivo sistema de gobierno que se mantiene en Grecia; de la indiferente complicidad de la policía griega en un asesinato brutal; de la detestable acción de los altos magistrados griegos destinada a coartar la investigación criminal de un juez instructor; de las sectas extremistas griegas que, fanatizadas políticamente, planean y ejecutan el homicidio.

Está bien. Quiero decir que se ha logrado el objetivo que pretendían los realizadores del film.

Está bien. Sólo que..., que Grecia está lejos.

Yo me pregunto si va a tener el mismo éxito de público, igual impacto, semejantes consecuencias de toma de conciencia, otra película que se exhibe en estos días, que, al igual que "Z", es un impresionante documento de denuncia hecho con honestidad artística y con un tratamiento de dolorosa objetividad.

Me temo que no. Grecia nos resulta lejana y exótica. Nahueltoro, en cambio, está ahí, a la vuelta de la esquina de nuestra hirsuta geografía, formando parte de nuestra realidad, apelando no a una lírica e inútil solidaridad intelectual, sino que acosando y acusando a nuestra responsabilidad.

Será más fácil ciertamente seguir conversando en la sobremesa del despótico régimen de los militares en Grecia que nos denuncia "Z", o de la depravación neoyorquina que nos exhibe "Perdidos en la noche". En cuanto a Chile, ..., es tan lindo Providencia un sábado en la mañana; son tan hermosos los lagos del sur; son tan entretenidos los chismes y copuchas políticos en torno a la próxima elección presidencial.

Y, sin embargo, por más que nos incomode y nos hiera, "El Chacal de Nahueltoro" nos está mostrando un Chile que, aunque cerremos los ojos y nos neguemos a ver la película, existe.

CUANDO HACE aproximadamente un año se tuvo conocimiento de



**GRECIA ESTA
LEJOS;
NAHUELTORO,
AQUI...**

la filmación de "El Chacal de Nahueltoro", fueron numerosas las voces que se alzaron reprobando el tema. Se supuso que se exaltaría al criminal; se acusó a nuestro cine de refocilarse en el feísmo; se tocó a rebato por la integridad moral del país. Seguramente, los que así opinaron precipitadamente ni se darán el trabajo de ir al cine para comprobar la efectividad de sus prevenciones. Porque, en verdad, no hay tal exaltación al criminal (sus crímenes se exhiben en su brutal monstruosidad), y la intención moral de los realizadores es tan obvia que mal puede imputársele intenciones morbosas.

Por el contrario, la película nos muestra —como debe hacerlo el verdadero arte— la dimensión profunda de un hecho que a toda la comunidad nacional le afectó no hace aún diez años. Y al romperse la superficial cáscara de la anécdota, al entrar por los canales hondos que hay detrás de la noticia, aparece con una nitidez donde no hay cabida para los equívocos, la forma en que tanto los crímenes de un subhombre como la fría y despiadada administración de la justicia nos afectan a todos, nos responsabilizan, nos denuncian.

Por eso no es una película grata. No ayuda a hacer la digestión. Por el contrario, la obstaculiza. Y, para colmo, no nos ofrece ninguna posibilidad de transferencia pensando que el ecran nos está mostrando una ficción lejana. El paisaje, los hombres, la vestimenta, el lenguaje, los carabineros, los jueces, los prostibulos y la miseria son inequívocamente chilenos. Nuestros. No hay caso de pensar que los griegos son así o que los gringos son así. No se trata de ellos, sino de nosotros.

Y ya es tiempo de que aprendamos nuestra lección.

Y para nuestra salud moral, qué bueno, qué importante es que no cerremos los ojos y enfrentemos la verdad que nos muestra Littin en su película. Más aún, como es el caso, cuando esta prospección a nuestra realidad social está hecha con objetividad crítica y honradez artística. ■

S. V.